

La mujer encorvada (Lucas 13:10-17)

Este es otro de los milagros que se produjo durante un sábado.

El Evangelio de Lucas nos dice: “Jesús enseñaba en una de las sinagogas en el sábado” (Lc 13:10). No se nos dice el lugar. En el versículo 11 se nos presenta el caso en pocas palabras: “Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años; andaba encorvada y de ninguna manera se podía enderezar”.

Es interesante el término “*asthenia*” que se usa en el griego para enfermedad. Este término lo encontramos también en (Mt 8:17) en conexión con una profecía de Isaías. Allí leemos: “de modo que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías, quien dijo: *Él mismo tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades*” (Mt 5:15) (Lc 8:1-2) (Jn 5:5) (Jn 11:4).

La mayoría de nosotros hemos visto esas personas cuya columna se va encorvando (cifosis). Este es el resultado muchas veces de aplastamientos de los cuerpos de las vértebras o deformaciones de los mismos. En este caso, creemos que en forma progresiva por dieciocho años la situación había empeorado, como sucede normalmente en estos casos. La enfermedad que esta mujer tenía hoy la llamaríamos cifoescoliosis. El doctor James Rogers, cirujano ortopédico en Texas, Estados Unidos de América, piensa en la posibilidad de que la enfermedad primaria hubiera sido tuberculosis de la columna, llamada “mal de Pott”.

Actividades sencillas como mirar hacia adelante son difíciles porque el cuello tiene que compensar la curvatura de la columna vertebral. El resultado es que cuando esas personas caminan lo hacen mirando hacia abajo en vez de hacia delante, debido precisamente a esa dificultad para mirar hacia delante. El Evangelio nos dice: “de ninguna manera se podía enderezar”. No es que ella no hubiera tratado, sino que le era imposible. Las deformaciones óseas de la columna le impedían enderezarse. Indudablemente, al caminar ella no lo podía hacer con la gracia y elegancia que lo hacía antes de enfermarse. Sin duda, si tenía hermosos vestidos no podía lucirlos de la manera que una persona normal lo podía hacer. Notemos que no se hace ninguna referencia a que esta mujer solicitara su curación. El Mesías vio su condición, se compadeció de ella y la sanó.

Leamos el versículo 12: “Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: *Mujer, quedas libre de tu enfermedad*”. Cuando Jesús de Nazaret le dijo: “*mujer quedas libre de tu enfermedad*”, anunció un mensaje de liberación. Este es uno de los milagros que expresa el concepto de la libertad de las ataduras satánicas.

En esa sinagoga había muchas personas atadas. El principal de la sinagoga era uno de los que no lo sabían y probablemente estaba más atado que ningún otro. Es como si tuviera ataduras y cadenas por todos lados. Eran las cadenas de la religión vacía y del legalismo.

El Señor Jesús con su palabra le anunció a esta mujer la libertad. Con el toque de su mano le dio la sanidad.

La Biblia nos habla mucho sobre la libertad y ser libertados. Habla del ser humano antes de conocer a Cristo como Salvador como alguien que está esclavizado. Jesucristo nos dice que esta mujer estaba atada por Satanás. Las Escrituras nos dicen “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn 8:32). En el versículo 36 del mismo Juan 8 leemos: “Así que, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres”.

Notemos la secuencia, en primer lugar la vio, luego la llamó, de inmediato le anunció la libertad de su enfermedad, después puso sus manos sobre ella y luego ella se endereza y es curada de su enfermedad. Ella fue a la sinagoga, es decir, el lugar donde se suponía que podría escuchar la Palabra de Dios a pesar de las dificultades que sin duda tendría para caminar. Pero fue a la sinagoga y fue bendecida.

“Cuando Jesús la vio”. ¿Qué fue lo que vio el Señor Jesús? Él vio a una mujer agobiada con una enfermedad del sistema esquelético muscular. Quizás muchos que la habían visto tantas veces ni se dieron cuenta de que allí estaba ella pero había alguien que en forma especial la vio entre todas las mujeres en la sinagoga. Él la vio en su miseria y necesidad.

Notemos en segundo lugar que la llamó. ¿No es esto acaso lo mismo que espiritualmente sucede en nuestras vidas? Dios nos vio en nuestra necesidad. Mandó a su Hijo para salvarnos y nos llamó. En **(Ro 8:30)** leemos: *“Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”.*

La Escritura dice en **(He 3:7-8)**: *“Por eso, como dice el Espíritu Santo: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación, en el día de la prueba en el desierto”.*

En tercer lugar, le habló y le dijo: *“Mujer, quedas libre de tu enfermedad”.* El término *“mujer”* para nosotros sería equivalente a *“señora”*, e implica respeto. Ahora le anuncia que es libre de su enfermedad. El Evangelio no nos da detalles. ¿Qué habrá pensado aquella mujer en su corazón cuando escuchó las palabras de Jesús de Nazaret? Hasta ese momento nada había pasado, pero aquellas palabras anunciaban libertad de su enfermedad.

Quizás esta mujer se preguntó a sí misma: *“¿Y esto de qué me sirve?”.* Probablemente muchos en la concurrencia dijeron dentro de sí mismos: *“¿Y esto de que le sirve?, son palabras lindas y nada más”.* Muchas veces las personas se preguntan: *“¿De qué me sirven estas cosas de la religión?”.* Esta no es una pregunta nueva. Las encontramos en **(Mal 3:13)**. Allí leemos: *“Duras han sido vuestras palabras contra mí, ha dicho Jehová. Pero decís: ¿Qué hemos hablado contra ti?. Habéis dicho: Está demás servir a Dios y ¿Qué provecho sacamos de guardar su ley y de andar tristes delante de Jehová de los Ejércitos?”.*

El versículo 13 de Lucas 13 dice: *“Puso las manos sobre ella, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios”.* El Señor Jesús puso las manos sobre ella. Qué espectáculo más lleno de ternura. Jesucristo puso sus manos sobre ella y el milagro se produjo.

El Mesías puso las manos sobre muchos enfermos, pero hubo sanidades que se produjeron por su palabra sin la mediación del toque personal del Señor Jesucristo.

Los que se dedican al arte de la pintura nos dicen que las manos son más difíciles de pintar que los rostros. ¿Y qué podemos decir sobre las manos de Jesús de Nazaret?

Esas manos tienen la delegación total de autoridad de su Padre. En **(Jn 13:3)** leemos: *“y sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que él había salido de Dios y a Dios iba” (Jn 20:27) (Lc 24:50).*

En el versículo 14 de Lucas 13 leemos: *“Y respondiendo el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en sábado, decía a la gente: Seis días hay en la semana en los cuales se debe trabajar. Venid, pues, en estos días y sed sanados, y no en el día de sábado”.* Sin duda el principal de la sinagoga expresa los sentimientos de algunos en la sinagoga. Él se enoja por el hecho de que Jesús de Nazaret hace la

sanidad el día sábado, pero en el fondo se hubiera enojado igualmente cualquier otro día de la semana. Ha encontrado un pretexto para decir que lo que Jesucristo ha hecho de alguna manera no es lo correcto. Qué peligroso es para el creyente caer en esa tentación de tratar de disminuir el acto de bondad de otro, o de alguna manera tratar de mostrar que hay un interés o propósito ulterior.

Leamos el versículo 15: *“Entonces el Señor le respondió diciendo: ¡Hipócrita! ¿No desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber?”*. Observemos que Jesucristo trata con severidad a este hombre y lo llama hipócrita. El diccionario define este término como “alguien que actúa con hipocresía”, o sea, con fingimiento de cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente tiene o experimenta”.

La hipocresía es condenada claramente en las Santas Escrituras. En algunos círculos de la sociedad, este pecado se ha llegado a admitir como una necesidad. Algunos políticos cuando son interrogados sobre cierto tema responden de acuerdo con la audiencia que los está escuchando. Si se les hace una pregunta sobre un tema polémico, van a responder de acuerdo con la manera que puedan tener más votos y más popularidad. El Señor Jesucristo habló terminantemente en contra de la hipocresía.

En el versículo 16 de Lucas 13, continúa: *“Y a ésta, siendo hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada por dieciocho años, ¿no debía ser librada de esta atadura en el día de sábado?”*. Notemos que el Mesías la llama hija de Abraham. La mayoría de la gente consideraba con lástima a esta mujer entristecida y encorvada por su larga enfermedad. Después de todo ella era una de los tantos enfermos que vivían agobiados por una enfermedad crónica que debilitaba e impedía que pudieran hacer muchas cosas. Pero Jesucristo se refiere a ella como *“hija de Abraham”*. No había título más alto que un israelita pudiera tener que ser llamado un hijo de Abraham. Esto no tenía un sentido étnico, porque no era nada distintivo el ser un hijo de Abraham en Israel. Todos los israelitas se consideraban hijos de Abraham. Pero Jesús de Nazaret la llama *“hija de Abraham”* en el sentido de una mujer de fe, como Abraham también fue un hombre de fe. Tenemos un concepto similar en **(Jn 1:47)**, cuando Jesucristo vio a Natanael y dijo: *“¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!”*. Por supuesto que la gran mayoría de las personas alrededor de las cuales se movía el Señor Jesucristo eran israelitas. Pero éste no lo era sólo de nacimiento por algo étnico sino que lo era de corazón.

Volvamos al versículo 13: *“Puso las manos sobre ella, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios”*. Suponemos que ese día sábado cuando fue a la sinagoga, su espíritu estaba acongojado por la realidad de su padecimiento de tantos años. ¡Cómo iba a pensar ella que ese era el día que había soñado como un sueño imposible! ¡Cómo se iba a imaginar que ese día iba a prorrumpir con alabanza a Dios por el milagro que sería hecho en ella! Cuán hermoso es ver la alabanza espontánea que surge de un corazón sinceramente agradecido con Dios. Pero mientras que esta mujer exclamaba sus alabanzas a Dios, mientras que la alegría surgía, a los hombres religiosos y especialmente *“al principal de la sinagoga”*, no les gustó lo que habían visto.

El Señor Jesucristo se refiere a Satanás como un individuo real y lo hace en múltiples ocasiones. No lo trata como una influencia o como algo mitológico sino como un ser real. En **(Mt 4:10)**, en conexión con la tentación del Señor Jesús en el desierto, leemos: *“Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás”* **(Mt 12:26)** **(Lc 10:18)** **(Lc 22:31-32)**. En estos versículos vemos claramente que el Señor Jesús consideraba a Satanás como una persona real, con capacidad para tentar e insinuar ideas contrarias a la voluntad de Dios; con la habilidad de actuar en forma activa combatiendo el propósito de Dios como vemos en la parábola del

sembrador, en **(Mr 4:1-9)**. El final de Satanás lo tenemos explicado en **(Ap 20:10)**, donde leemos: *“Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos”*. Con respecto a esta mujer, se nos dice que Satanás la había atado por dieciocho años.

Pero volvamos al relato de la mujer que había estado encorvada por tantos años a causa de una enfermedad.

La mujer estaba con su cabeza agachada, con su cuerpo encorvado por la enfermedad, con su rostro entristecido por su dolencia crónica, con su mirada hacia el suelo. ¡Qué espectáculo que una manera figurada muestra a la raza humana! ¡Pero qué distinto lo que Dios quiere para nosotros! La situación de esta mujer me hace recordar las palabras de **(Lm 4:2)**: *“Los apreciados hijos de Sion, que eran estimados en oro fino, ¡cómo son tenidos ahora como vasijas de barro, obra de manos de alfarero!”*.

Pero notemos algo más al final del versículo 16 de Lucas 13: *“Y a ésta, siendo hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada por dieciocho años, ¿no debía ser librada de esta atadura en el día de sábado?”*. Y la respuesta es dada por el silencio de la concurrencia. Lo que el Señor Jesucristo está diciendo es que ese milagro había que hacerlo en ese día porque esa era la oportunidad; que dejarlo para hacerlo al siguiente día no era una opción. Había que hacerlo en ese momento. Y lo mismo en las cosas que tienen que ver con nuestra vida espiritual o la congregación local. ¿Cuántas veces en nuestra vida o en la iglesia local no hay una necesidad que tiene que ser solucionada de inmediato? Es muy fácil decir: “lo haremos mañana”, y ese día nunca llega. Hay hermanos que usan la oración como un pretexto para no hacer lo que tienen que hacer. Cuando se les sugiere hacer algo, su respuesta es: “hermanos hay que orar”. A esa mujer que hacía dieciocho años que estaba enferma había que sanarla en ese mismo día, y observen que Jesucristo no oró para determinar si había que hacerlo. Seguramente al orar con su Padre al empezar el día encomendó todas las situaciones que iba a encontrar para hacer la voluntad de su Padre.

Las Escrituras nos dicen en **(Pr 3:27-28)**: *“No niegues un bien a quien es debido, teniendo poder para hacerlo. No digas a tu prójimo: Anda y vuelve; mañana te lo daré, cuando tienes contigo qué darle”*.

Termina la historia en el versículo 17 diciendo: *“Cuando él decía estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaban. Y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía”*.

Miremos las dos reacciones de los seres humanos a la persona del Señor Jesucristo: unos lo rechazaron y se avergonzaron, otros se regocijaron.

Notemos que la Escritura nos habla de sus adversarios. ¿Cuál es tu posición ante la persona del Señor Jesús? Sus adversarios un día van a tener que reconocer que Jesús es el eterno Hijo de Dios. Por eso en **(Fil 2:10-11)** leemos: *“para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor”*.

Sus adversarios fueron avergonzados. Quedaron en evidencia que eran falsos, que la hipocresía los dominaba y que no eran honestos.

Los religiosos de la sinagoga fueron avergonzados aquel día. En **(Ro 9:33)** leemos: *“como está escrito: He aquí pongo en Sion una piedra de tropiezo y una roca de escándalo; y aquel que cree en él no será avergonzado”*.

En (1 Co 1:27) encontramos las mismas palabras. Allí la Escritura nos dice: *“Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo Dios ha elegido para avergonzar a lo fuerte”*.

En esa sinagoga quedaron unos hombres enfurecidos porque aborrecían la verdad y la luz. Aquella mujer volvió a su casa caminando como hacía muchos años que no lo había podido hacer. Llevaba una gran sonrisa en su rostro porque ella sabía que Dios, por medio de su Hijo, había actuado en su vida y había derramado sobre ella su misericordia. Ahora podía caminar con la frente levantada y su mirada se dirigía al horizonte y al cielo.

Temas para predicadores

- La libertad que tenemos en Cristo.
- Las manos de Cristo.
- La hipocresía.
- Las ataduras y obra de Satanás.
- El rechazo de la persona y la obra de Jesucristo.